

Syllabus Lunch*

De la muerte heroica del cabo Smith

Que uno de los nuestros sea asesinado de un balazo por la espalda o aplastado entre las ruedas de un coche es anécdota con fecha caducada si se compara con la desgraciada y ejemplar muerte del cabo Smith.¹

15 de junio. Dos y media de la madrugada. En la ladera de la pequeña colina que hay junto a la carretera que bordea

* Syllabus Lunch es *sberiff* del Departamento de Policía al que pertenecía el malogrado cabo Smith.

1 Aunque el término español “cabo” equivale al *sargent* inglés y Smith no era sargento, he preferido que el protagonista luzca los galones de “cabo” ya que considero que “número” tampoco se hubiera adecuado a sus méritos y funciones. Sin embargo, no se olvide que hasta el final de sus días, Smith únicamente fue un honesto, fiel y simple número de policía (N. del T). En adelante ha de sobreentenderse que todas las notas a pie de página son del traductor.

nuestro querido río San Lorenzo, el cigarrillo encendido de algún desaprensivo ha provocado un incendio. Sin problema: muy pronto, al oír y ver venir las sirenas de dos coches de bomberos, de una ambulancia y de dos patrulleros, las incipientes llamas pierden toda esperanza de propagarse. En un santiamén llega el grupo de auxilio frente al fuego, y mientras los bomberos sacan las mangueras y empiezan a extinguirlo el cabo Smith acelera su coche hacia la parte alta de la pequeña montaña y, al llegar a la cima, lo atraviesa en la calzada. Sale del patrullero a toda velocidad, saca seis bengalas del portamaletas y, tras encenderlas y colocarlas adecuadamente sobre el asfalto, regresa al coche con paso diligente, acalla las sirenas desmadradas y, manteniendo encendidas las luces de emergencia, permanece vigilante en el interior.

Aunque comprende que el incendio no es de mucha importancia, no se relaja. Porque, como todos sabemos, el cabo Smith era, ante todo, un profesional. Un policía absolutamente responsable. Observante siempre de lo que mandaran Dios y las ordenanzas. Siempre dispuesto a cumplir con su misión.² Avizor. Atento a los mensajes que emite la emisora al mismo tiempo que, a través del espejo retrovisor, vigila la carretera. Al acecho, no fuera a ser que algún conductor se le colara hacia abajo.³ Así es. En todo momento listo y seguro bajo su gorra de

2 He preferido traducir *job* como *misión*. Hacerlo como *servicio* hubiera sido demasiado evasivo tratándose de este individuo que, en la escuela de policía, había comprendido lo difícil que resulta separar las misiones eclesiásticas, para él protestantes, de las policíacas.

3 En pocas palabras: lo que Syllabus Lunch quiere decir es que no hay que caer en tópicos y pensar que durante el tiempo en el que el cabo Smith permaneció en el interior del coche se dedicó a comer el resto de la hamburguesa que, debido a la irresponsabilidad maligna del coli-

visera. La famosa gorra de visera del “Pálido Smith”. La muestra más evidente de su idiosincrasia. Porque si a muchos de nosotros nos da seguridad la chapa o las esposas o incluso la pistola, es sabido que al cabo Smith se la daba la gorra.⁴

Según se puede leer en el informe del cabo Smith, el conductor del primer coche que se aproximó al lugar del incendio, un Mitsubishi de color blanco, al ver que el agente agitaba su brazo fuera de la ventanilla, obedeció las señales y dio la vuelta. A los pocos minutos, un Toyota marrón hizo lo mismo. Pero el tercero, un Mazda de color negro, desobedeciendo las órdenes del cabo Smith, permaneció obcecadamente junto a las bengalas. Informa el cabo Smith que, armándose de paciencia, volvió a sacudir su antebrazo unas cuantas veces más hasta que, advirtiendo que aquel coche no se movía, decidió bajar y, recolocándose su gorra de visera con un ademán rápido, caminó hacia el miope.

llero, no había podido acabar antes de salir zumbando hacia el incendio, o a devorar la media docena de *donuts* que había adquirido en el café de la esquina, con obscena complacencia.

4 A propósito de la traducción de los términos *Peaked cup* es necesario precisar que, entre amigos, el cabo Smith se dejaba llamar *Peaked Smith*, es decir: “Pálido Smith”. Y que esto no solo era debido a la palidez de brillos amenazadoramente obesos de la tez del policía, sino también a uno de esos milagros del inglés, pues *Peaked cup* significa gorra de visera. Es decir: nunca sabremos si el cabo Smith era llamado *Peaked Smith* por su obesidad o porque siempre llevaba este tipo de gorra. Y dicho sea de paso y para mejor comprensión de la traducción de los términos: lo único que el cabo había aprendido durante sus estudios de educación secundaria era autoestima. Mucha confianza en sí mismo que Smith veía materializada en su *Peaked cup* que, al haber parido una banderita el mes de septiembre del 2001, se había globalizado. En fin, que se calaba la gorra de visera en su cráneo rapado y, como diría un castizo, era como ponerse el mundo por montera.

“¿Cuál es el problema?”, escribe el cabo Smith que le preguntó el conductor y después, como siempre escrupulosamente puntilloso, apunta en su informe que lo preguntó como si lo estuviera ensayando. “¿Cuál es el problema?”, repitió el conductor.⁵ Y la contestación del cabo Smith fue sencillamente inteligente. Conociéndolo como lo conocíais, seguro que ya lo estáis imaginando. Sin poder disimular una mueca de disgusto que el olor de aquella boca le ha producido, el cabo Smith mira fijamente a los ojos del conductor y le contesta con otra pregunta: “¿Ha bebido?”. “Una cerveza”, dice el conductor. “Usted está borracho”. “Una cerveza”. “Usted está borracho”. “Una fiesta en la universidad, una o dos cervezas...”. Lo de siempre, ya sabéis. “Usted ha bebido”. “Sólo dos cervezas, no estoy borracho”. “¿De dónde es usted?”. “De España, soy profesor visitante...”. “¿Usted sabe que en los Estados Unidos no es legal conducir cuando se está borracho?”. “Una fiesta en la universidad...”. “Baje del coche”. “No estoy borracho, puedo conducir”. “Baje del coche”.

5 Aunque nunca he sido partidario de esa malsana querencia por la literalidad que muchos defienden a capa y espada, en esta ocasión he creído que lo oportuno era ser escrupulosamente textual. En otro contexto, no hubiera dudado en traducir *What is the problem?* como “¿Qué ocurre?” o “¿Qué sucede?”. Pero de haberlo hecho en esta ocasión habría distorsionado la naturaleza del interrogador. Un conductor decentemente angloparlantecalifornianoestadounidense nunca hubiera dicho en semejante situación *What is the problem?*, ya que el término *problem* es, en esa civilización tan desarrollada, una palabra políticamente incorrecta. Allí no hay problemas. De vez en cuando aparecen pequeños inconvenientes, *little obstacles* u *objections*, problemillas. Nada que no se pueda arreglar con dos o tres intervenciones internacionales.

Antes de empezar con “La Tabla de la verdad”,⁶ llamó a la emisora para que algún compañero ocupara su posición. Era lo pertinente y así consta en su detallado informe. Es decir, solo cuando llegó el cabo Sam, y no antes, los diez apéndices rollizos del cabo Smith empezaron a husmear desde el cuello de la camisa hasta los calcetines encogidos del atribulado profesor que, entre incrédulo y suplicante, no dejaba de repetir que solo había bebido dos cervezas. “Un bolígrafo, una dirección escrita en un pedacito de papel y un paquete de cigarrillos”, anotaría después el cabo Smith. “Solo dos cervezas”, repetía el conductor, pero el cabo Smith no estaba para pamplinas y acto seguido se dispuso a explicarle en qué consistía la prueba de los pasitos.⁷ “Por favor, sígame”, y situándose sobre la línea blanca del arcén derecho, el cabo Smith ejemplificaría el juego de los pasitos.⁸ Minucioso en las directrices pedagógicas, haría que el tacón de su bota derecha golpeará la puntera de la izquierda y, a continuación, manteniendo un

6 Hay que suponer que es así como el cabo Smith denominaba la prueba de alcoholemia.

7 Aunque Syllabus Lunch, autor de este pequeño pero sentido homenaje al cabo Smith, no utiliza la expresión inglesa *soft soap* (jabón blando), que es lo más parecido a las pamplinas españolas, sino *nonsenses*, he preferido traducir esta palabra como pamplinas, y no tonterías o disparates, pues, a mi entender, transmite mucho mejor la actitud resuelta, bien aprendida y relajada del cabo Smith. Quede así, además de ser cierto.

8 Me permito la licencia de utilizar en esta segunda ocasión la palabra juego en lugar de prueba. Primero para no repetirme (lo que constantemente hace este agente de la ley metido a escritor por noble causa pero sin talento) y además porque no he de negar que imaginar —para mejor entender las palabras de Mr. Lunch— la situación atribulada en la que se encontraba el profesor me hizo recordar las juguetonas acrobacias de los payasos.

ritmo equilibrado y una escrupulosa verticalidad, lo repetiría tres veces. Tres. Ni una más ni una menos, pues así lo dictaba la ley.

Por un instante, apenas una décima de segundo, tal vez le preocupara que no fuera pertinente y legal jugar a los pasitos en una calzada tan inclinada, pero en una ojeada vertiginosa a la normativa, no encontró ningún impedimento al respecto y, como consta en su declaración, acto seguido invitó al conductor a que realizara la mencionada prueba.

“Muy inclinado”, protestó el profesor al perder pie por segunda vez. “*Down. It’s OK*”, dijo el cabo Smith y a continuación pasó a la prueba de los dedos.⁹

Además de ser su suerte preferida, era la que ejecutaba con mayor certeza. El truco, no se cansaba de repetirlo, era la posición del pulgar. Si se lograba colocar este en posición frontal y paralela al dedo corazón y mantenerlo vertical y estático, los movimientos de los dedos índice, corazón, anular y meñique, en el viaje hacia la yema del dedo pulgar, y las del meñique, anular, corazón e índice, en el de vuelta, delatarían el grado de ebriedad del conductor con gran facilidad y fiabilidad. Pero ya se sabe que como el color de las cosas depende del cristal con que se miren, lo que al conductor foráneo le debió de parecer una ejecución perfecta, rebosante de rítmica y fluida armonía, el cabo Smith no dudó en describir en su fidelísimo informe, como un desconcierto de desfachatez y torpeza que hacía que los dedos del conductor no dejaran de chocar en su camino hacia la yema del dedo pulgar, que por otra parte siempre estaba medio escondido.

9 Puesto que traducir *It’s OK* como interjección, adjetivo, adverbio, nombre o verbo hubiera sido una tontería, lo he dejado en inglés. “*It’s OK*”, dijo Smith, como si dijera: ‘por ahora estás suspendido’.

Los comentarios del conductor sobre la inclinación de la carretera en la que estaba realizando aquellas amargas acrobacias volvieron a oírse al poco de que iniciara el juego de las rodillas.¹⁰ “Otra vez, por favor”. “Demasiado inclinado. Muy difícil”, dijo el conductor. “Así”, y el cabo Smith volvió a ejemplificar los movimientos del juego de las rodillas.

Advirtiendo que el policía no iba a tener en cuenta sus comentarios sobre la inclinación de la calzada, y como muy certeramente escribió el cabo Smith en su informe, el profesor cambió de estrategia y empezó a simular dolores musculares cada vez que alzaba la pierna. “Así, así”, repetía el cabo Smith mientras volvía a empalmar su rodilla y su nariz. Pero el conductor señalaba hacia sus piernas para dar a entender que le dolían. “Demasiado inclinado. Muy difícil”. “*It’s OK*”.¹¹

Antes de que abriera el portamaletas del Chevrolet, antes de que sacara el alcoholímetro del maletín, antes de que llamara al conductor para que se situara junto a él, allí junto a las luces festeras de las sirenas, antes de que colocara una nueva boquilla en el etilómetro, mucho antes, el cabo Smith ya había hecho sus números.¹² Teniendo en cuenta el aliento

10 A punto he estado de rechazar aún más la literalidad y emplear la expresión *Juego de un palmo de narices* ya que en la conocida chirigota para borrachines, que consiste en empalmar la punta de la nariz con el extremo de la rodilla, el verdadero protagonismo recae sobre las palmas extendidas de las manos (N. del T).

11 Otra vez dice el cabo Smith “*It’s Ok*” y de nuevo prefiero no traducirlo. Sin embargo, quiero aclarar que en esta ocasión *OK* tampoco significa vale o de acuerdo sino algo parecido a “no trates de engañarme borracho mamón”.

12 En inglés, el dispositivo para medir la cantidad de alcohol existente en el aire respirado por una persona, el alcoholímetro o etilómetro (conocido popularmente como pedómetro, soplómetro, etcétera) recibe el

y el alto porcentaje de desequilibrios y escaqueos del borracho, sin duda el cabo Smith ya había llegado a la conclusión de que aquel individuo había bebido más de cinco whiskys y, tal vez, alguna cerveza o copa de vino durante un lapso de tiempo no mayor de cuatro horas. En conclusión, habiendo calculado que el peso del conductor oscilaría entre setenta y cinco y ochenta¹³ kilos, el cabo Smith hubiera puesto la mano en el fuego de que el BAC no bajaba del 1,3 por ciento.¹⁴

Presumiendo que aquel borracho iba a intentar engañarlo, antes de ordenarle que soplara, el cabo Smith practicó, para el profesor, el manual de instrucciones. “Muy sencillo. Los labios bien apiñaditos alrededor de la boquilla. Así”. Y el cabo Smith espiraba cuidadosamente para que ni un átomo de su aliento-burger se desviara del camino correcto. “Así”.

Ante la suerte suprema, parecía que los mofletes del profesor iban a estallar, pero en el momento de espirar, lo hizo tan lentamente, tan sin fuerza y desviando el aire por las comisuras de los labios que, como apuntara el cabo Smith en su informe, resultó ser un verdadero fraude. El enfado del cabo

nombre de *Breathalyser*, es decir, analizador de la cantidad de alcohol que contiene el aliento. Tal vez esto tenga algo que ver con esa manía tan estadounidense de mitigar el mal aliento mascando chicle.

13 Un kilo equivale aproximadamente a 2,2 libras, unidad de peso utilizada en los Estados Unidos de América.

14 BAC (Blood Alcohol Concentration) es decir, porcentaje de alcohol en la sangre. He considerado adecuado eliminar del cuerpo del texto la siguiente reflexión por considerarla sencillamente baladí: “Y todos los que conocimos al cabo Smith podemos imaginar fácilmente la pregunta que se hizo al ir a utilizar el alcoholímetro: ¿Cómo podría mejorarse? ¿Qué técnica, método o diablos de cambios podrían realizarse para que el conductor soplara irremisiblemente en la dirección adecuada y no pudiera expulsar el aire por la comisura de los labios o por la nariz?”

Smith al ver que el alcoholímetro solo había marcado 0,93, no se hizo esperar. “Si usted no sopla bien, lo llevaré directamente a la cárcel”. “Así, así”, decía el cabo Smith, inflando de aire sus carrillos y expulsándolo con fuerza.

Escribe el agente Smith que cuando el conductor expelió por segunda vez y vio que el alcoholímetro marcaba 0,96 no lo podía creer. Que fue entonces cuando revisó el alcoholímetro detenidamente. Entonces, cuando pensó que o bien aquel chisme estaba estropeado o bien el conductor era un artista de la simulación.

“Again”.

El profesor volvió a soplar. En esta ocasión, con tanta fuerza que, por un momento, los ojos a punto estuvieron de salirse de sus órbitas mientras la cabeza parecía que iba a ascender hacia los cielos como un globo. “Todo un simulacro”, escribió el cabo Smith en su informe. “Pura falacia”. Sin duda, aquellos momentos fueron difíciles de superar, pues al ver que el BAC no había subido de 0,96, el cabo Smith casi...¹⁵ pero gracias al amor a Dios y a la ley, lo cierto es que al final logró reprimir sus impulsos y sin duda sabiamente pensó que lo mejor era pensar lo mejor y, tras revisar la boquilla del alcoholímetro minuciosamente, la cambió.

Un nuevo ejemplo de paciencia y profesionalidad del cabo Smith puede observarse en el hecho de que, antes de entregar el alcoholímetro al intelectual por tercera vez, volviera a hacer una demostración de cómo soplar correctamente. “Así”, dijo el cabo Smith, tapándose con los dedos la nariz y,

15 Es decir, el cabo Smith únicamente era violento en casos extremos. No aguantaba que se mofaran de él. Le sacaba de sus casillas. De buena gana le hubiera sacudido un buen puñetazo en el esófago a aquel mequetrefe, pero no lo hizo.

a continuación, seguramente tuvo a bien echarle una manita al conductor.¹⁶

1.02.

Mientras lo esposaba y le leía sus derechos, el profesor no mostró resistencia. Solo fue después, en el interior del coche enrejado, camino de la cárcel, cuando empezaron los problemas. Respecto a ello, también el cabo Smith es cauto y objetivo en su informe. Cree que a pesar de que el conductor era completamente consciente de lo que hacía y de que, por lo tanto, habría podido evitarlo, tal vez con un mejor funcionamiento del alcoholímetro, comportamientos de este tipo pudieran atajarse en el futuro. Señala el cabo Smith que a pesar de que creía que lo sucedido habría podido evitarse,

16 “Echarle una manita”: es decir: el cabo Smith tapó la nariz del intelectual con sus dedos rollizos y, sin miramientos, metió la boquilla del alcoholímetro en la boca delincuente del profesor, quien, sintiendo una pequeña arcada, se dispuso a soplar. Por otra parte, creo que la traducción más adecuada de *Intellectual* es listillo, pues el policía, hombre sencillo hijo de un país sencillo, odiaba con profundidad todo lo que tuviera que ver con lo intelectual. Aunque él nunca lo supiera, compartía escrupulosamente la caracterización que Richard Hofstadter realizó de los intelectuales en su *Anti-intellectualism in American Life* y que me niego a dejar de transcribir aquí: 1) profesor o protegido de un profesor; 2) superficial; 3) superemocional o femenino en sus reacciones frente a los problemas; 4) pedante y proclive a examinar los diferentes lados de una cuestión hasta llegar a un punto que acaba dejándolo todo como está; 5) arrogante y despectivo con la experiencia de los hombres más sanos y capaces; 6) confuso en el pensamiento e inmerso en una mezcla de sentimentalidad y violento evangelismo; 7) doctrinario y partidario del socialismo soviético como opuesto a la greco-gala-americana idea de democracia y el liberalismo económico; y 8) sujeto a la obsoleta filosofía de la moralidad nietzscheana que conduce a la desdicha.

que aun estando seguro de que el conductor podría haber reprimido los accesos de vómito y, en última instancia, el vómito que empapó con resto de comida y alcohol el asiento trasero del patrullero, quizás fuera necesaria una puesta a punto del etilómetro.

Sea como sea, este caso, el último en el que desgraciadamente trabajó el cabo Smith, fue, para nuestro querido agente, la gota que colmó el vaso. Él nunca había llegado a entender la inoperancia de los fabricantes de alcoholímetros. Mucho aparatito portátil, mucho llavero o linterna, mucha digitalización y a nadie se le había ocurrido perfeccionar la boquilla para que el conductor borracho soplara como Dios manda.¹⁷ Tres veces, nada menos que tres veces, había tenido que utilizarlo en el caso del profesor visitante. Demasiada imperfección para cualquiera de nosotros, pero verdaderamente insufrible para la exquisita sensibilidad del cabo Smith.

No, no fue la negligencia lo que mató al cabo Smith, sino su falta absoluta de indolencia, su profesionalidad íntegra, su profunda honestidad, sus constantes desvelos por hacer bien su trabajo. Todos, todos sabemos de sus insomnios por mejo-

17 Me he permitido suprimir, por retórico y repetitivo, el siguiente párrafo del cuerpo del texto de Syllabus Lunch: “Dios, que para eso estaba, se ocuparía de descubrir la verdad y de juzgar, pero él, que siempre había odiado la sofisticación y el esnobismo, él, que creía en Dios, pero al que le gustaba ir directamente al grano, no quiso perder el tiempo en sesudeces y, como hombre práctico que era, actuó. El objetivo estaba perfectamente definido, el espíritu era el adecuado (sensible, claro, simpático y nada intelectual), el método era infalible: *do-it-yourself*. Gracias a todo ello, el trabajo tendría un provecho tangible. Con unas pequeñas dosis de afán de logro, mucha disciplina y las debidas observancias legas y religiosas, la contabilización estaría asegurada: perfeccionaría el etilómetro.

rar cualquier aspecto de nuestro trabajo. Su muerte no se debió a una tontería evitable, a una minucia de la mala fortuna como he oído decir por ahí. Era su deber preocuparse por el buen funcionamiento del etilómetro. Es nuestro deber. Que en su afán por mejorar el método y aprovechando uno de los ratos libres que tuvo aquella misma noche, el cabo Smith acabara muriendo de una desgraciada y profunda aspiración a uno de esos malditos aparatos; que acabara asfixiándose al tragarse una de esas malditas boquillas de esos malditos aparatos que, dicho sea de paso, deberíamos arrestar y mandar al infierno, no es muerte sin mérito, sino muerte ejemplar. Muerte heroica. Huella imborrable ante nuestros ojos y ante los de Dios. Ante los de este Dios que todo lo ve y al que todos pedimos que bendiga al cabo Smith y nuestra querida América.

(Traducción de Álvaro Romero Marco.)